



LIBROS

CAMINOS PARA UNA TEOLOGÍA DEL PUEBLO Y DE LA CULTURA

ROCCO BUTTIGLIONE



El pasado 23 de marzo, en la Casa Central de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, fue presentado el libro “Caminos para una teología del pueblo y de la cultura”, del intelectual y político italiano Rocco Buttiglione, obra que cuenta con un prólogo del Papa Francisco. Al día siguiente se llevó a cabo una segunda presentación, en el Centro de Estudios Avanzados y Extensión de la misma universidad, en la que intervinieron, junto al autor, Valeria López Mancini, secretaria

* Rocco Buttiglione; *Caminos para una teología del pueblo y de la cultura*. Ediciones Universitarias de Valparaíso, 420 págs, Valparaíso, 2022.

adjunta de la Conferencia Episcopal de Chile; Mons. Gonzalo Bravo Álvarez, obispo de San Felipe y decano de la Facultad Eclesiástica de Teología de la PUCV; Jaime Antúnez Aldunate, presidente de la Academia Chilena de Ciencias Sociales, Políticas y Morales; y Pedro Morandé Court, miembro de la Academia Pontificia de Ciencias Sociales de la Santa Sede.

Rocco Buttiglione, con sus agudos análisis y conocimiento profundo de la realidad eclesial, ha sido cercano a Humanitas desde los orígenes de la revista. Por ello, y por la relevancia de la temática de su libro, la teología del pueblo, hemos querido dedicar esta sección a compartir dichas ponencias, precedidas por la presentación escrita especialmente para este número del abogado y académico Juan Pablo Faúndez, a quien agradecemos especialmente el contar con estas publicaciones.

PRESENTACIÓN

POR JUAN PABLO FAÚNDEZ ALLIER

Me ha correspondido presentar, como coordinador general de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso de la visita del profesor Rocco Buttiglione a Chile, la obra: *Caminos para una teología del pueblo y de la cultura*, publicada por Ediciones Universitarias de Valparaíso, perteneciente a dicha Casa de Estudios. Un texto escrito a partir de la experiencia y la inteligencia de un autor que lee con especial profundidad analítica los signos de los tiempos para interpretar el hoy de nuestra sociedad y entender a partir de ella al Pueblo de Dios como lugar teológico.

Desde la Introducción del libro, especial gentileza de Su Santidad Francisco, se vislumbra una comprensión de la perspectiva del cambio de época que es posible percibir de modo transversal en cada uno de los



El Papa Francisco visita la favela Varginha en Río de Janeiro, Brasil, el 25 de julio del 2013. ©AFP

Como menciona el Papa en su Introducción, la reflexión de Buttiglione surge desde Guardini hasta madurar una comprensión del Pueblo de Dios que permite entender su identidad en este siglo, sin diluirse ante los vientos reduccionistas de carácter ideológico o que pueden desarrollarse a merced de cualquier desviación teológica.

capítulos de la obra, con la agudeza de un Pastor de nuestra tierra americana. El capítulo con el que se abre el volumen, titulado “El tiempo de Latinoamérica”, entrega criterios interpretativos que nos permiten comprender este primer papado latinoamericano en este inédito período de globalización, que es el tiempo y el lugar desde donde podemos comprender la teología del pueblo. Sigue el segundo capítulo con la atrevida relación: “Platón, Nietzsche y la Virgen de Guadalupe”, donde Buttiglione narra la bajada desde una teología “ideal” para llegar a la prestancia de una disciplina que se humaniza en la encarnación y en la vivencia cotidiana. En el tercer momento, titulado: “Apuntes para una interpretación transpolítica de la historia”, el autor aporta elementos certeros que permiten entender

la articulación del devenir de la historia, mencionando las capas estructurales que explican las motivaciones del ser humano al conformar la cultura, desde las dimensiones económica, política y religiosa. En un cuarto capítulo, de gran profundidad teológica y crucial para entender los signos de los tiempos en la perspectiva de una necesaria antropología, “Personalismo y teología del pueblo”, sienta los criterios de la teología del pueblo con

una aproximación que realza la comprensión de la dignidad de la persona. Cerrando con el capítulo final, “Naturaleza y claves de la globalización”, en el que profundiza en la reflexión teológica desde un papado latinoamericano que interpreta proféticamente el anuncio del Evangelio que se abre al encuentro identitario del continente de la esperanza.

Una primera clave de lectura del texto, me parece, radica en la interpretación del cambio epocal que marca el devenir de la Iglesia en este tiempo. El autor abre su análisis posicionándose en la perspectiva de Guardini, desde donde hilvana un relato en el que la persona y el pueblo se entrelazan. Como menciona el Papa en su Introducción, la reflexión de Buttiglione surge desde Guardini hasta madurar una comprensión del Pueblo de Dios que permite entender su identidad en este siglo, sin diluirse ante los vientos reduccionistas de carácter ideológico o que pueden desarrollarse a merced de cualquier desviación teológica. El pueblo es el santo lugar de la manifestación, donde el Señor se ha posado y desde donde reconoce a cada ser humano en su exclusiva vocación. Es, por tanto, un lugar teológico sin parangón, que se manifiesta desde el diálogo que Dios establece con Abraham y su pueblo elegido, y que prosigue en el tiempo a través de la historia de la humanidad. El Pueblo de Dios es, de este modo, un cuerpo colegial dinámico y dialogante, en el que se posiciona la experiencia pascual, siendo cada uno de sus miembros testigos de un Dios que salva y actúa con su brazo, arrastrando a lo largo de los siglos a todo aquel que se deje atraer y conducir. La cultura latinoamericana es, entonces, un ámbito inigualable que permite identificar en su pueblo el lugar de una peculiar y efectiva manifestación de Dios, siendo testigo de su concreción en tantos signos populares en los que se reconoce el *sensus fidelium*. Una iglesia que se evangeliza y se deja evangelizar a través de su propia cultura, mediante signos ancestrales, siendo consciente de sus fracasos y diferencias que abren hacia nuevos contextos. Por ello, Methol Ferré, profusamente reseñado por Francisco y Buttiglione, menciona etapas y niveles de progresión, entendiendo al Barroco como “Reforma católica” con cuna moderna, por la que se posibilita un encuentro más allá de los mares. Escena que el Concilio Vaticano II expresa en su apertura hacia América Latina como aquella tierra en la que se sigue proyectando el anuncio, y en la que se resalta la opción preferencial por los pobres que Medellín (1968) hizo propia, explicitando con ello un proceso de inculturación que sigue pendiente en un nuevo escenario de pobreza que se

Una segunda clave para entender el texto, en continuidad con lo anterior, expresa la identidad propia de la teología del pueblo como una auténtica opción preferencial por los pobres, sin confundirse con un sesgo teológico de la liberación o de la secularización.

siguen abriendo porfiadamente en el hoy. Una proyección inacabada que en el momento de Puebla (1979) logra una interpretación auténticamente liberadora, sin deudas con ninguna interpretación ideológica.

Una segunda clave para entender el texto, en continuidad con lo anterior, expresa la identidad propia de la teología del pueblo como una auténtica opción preferencial por los pobres, sin confundirse con un sesgo teológico de la liberación o de la secularización. En esta línea, el magisterio de Bergoglio, deteniéndose en el problema de la migración, del impacto climático, o en las secuelas económicas en el tercer mundo, no asume estos temas emergentes buscando recetarios ideológicos que expliquen lo ocurrido desde perspectivas dialécticas añejas, sino buscando el sentido del fenómeno desde la experiencia de la persona del pobre, alejándose de un populismo y yendo más bien hacia las causas complejas y multifactoriales de la pobreza.

Desde otra arista, en la misma perspectiva, Buttiglione asume que desarrollar una teología de la secularización no es plausible en nuestro continente, siendo honesto en torno a la proximidad entre teología del pueblo y teología de la liberación. Dado que no ve en la primera una vertiente de línea marxista revolucionaria, no la identifica con una tesis reactiva mundana, sino con la

Y una tercera y última clave que percibo es que esta obra marca el decurso de una humanidad que se torna cada vez más compleja desde el punto de vista interrelacional, lo que inspira una manifiesta apertura al diálogo.

comunidad de personas que se encuentran mediante el diálogo, suscitando una cultura inclusiva que atiende especialmente a los indefensos. Ello se logra a través de los principios de la enseñanza social de la Iglesia que vinculan la *dignidad de la persona humana con la opción preferencial por los pobres*, con lo que se legitima desde dentro una preocupación que tiene su origen en la Iglesia primitiva. De este modo se justifica la integración en comunidad de manera real y no meramente simbólica, lo que implica una evangelización de ricos y pobres sin marcar distinciones, aunque persiguiendo objetivos que se adecúan

específicamente a la persona. Unos que se identifican con la contribución justa en la promoción, y otros en el sentirse convocados por ella. Es así como señala el autor que la teología del pueblo es constitutivamente solidaria e interclasista, aportando los elementos que permiten conseguir una verdadera promoción humana que aspire a la liberación de la persona no a través de la revolución, sino gracias a un desarrollo integral en la lógica de la comunión, disposición que Latinoamérica no puede seguir esperando. Remite con ello de manera indirecta a la desatención que desconecta las economías desarrolladas de las necesidades, llamando a una real vinculación de carácter internacional en la que nuestro continente necesariamente debe entrar a participar.

Y una tercera y última clave que percibo es que esta obra marca el curso de una humanidad que se torna cada vez más compleja desde el punto de vista interrelacional, lo que inspira una manifiesta apertura al diálogo. Ello se percibe en diversos ámbitos, en los que se expresan las exigencias que crecen vertiginosamente tanto a nivel laboral, comunicacional o tecnológico, en relación con las personas. Lo mismo ocurre en el mundo de la política, donde los cambios y las aproximaciones culturales emergentes desconciertan especialmente a la población mayor. Esta realidad suscita una gran inseguridad y espontánea adhesión a figuras “carismáticas”, quienes con el recurso emocional suscitan una continua persuasión del entorno. Ello implica que uno de los problemas silenciosos de aquel fenómeno sea la falta de profundidad y liviandad de los vínculos interpersonales de seguidores que “viven” a través de las redes sociales. Se trata, entonces, de una sutil forma de pobreza humana que avanza en tanto la humanidad se deja liar por las redes. Una teología del pueblo que camina en este siglo tiene, por ello, la misión de captar las nuevas pobrezas del presente e interpretar las inquietudes para entregar respuestas desde la verdad del Evangelio, para que también oriente e interprete estas nuevas formas de pobreza, de claro tinte psicológico. Gracias a ello será posible suscitar vínculos humanos reales y profundos que busquen generar auténticos encuentros interpersonales. Es lo que explicita la escena de la parábola de los salteadores que trae a colación el Papa en *Fratelli tutti*, donde se evidencia la actitud de aquel que se hace cargo realmente del hermano que sufre, digamos hoy, del que necesita ser escuchado en su profundo estado y no solo “linkeado” con una respuesta virtual. Pero este proceso de encuentro, para que sea realmente genuino, debe ser movido por un amor gratuito y desinteresado que solo surge desde la experiencia del encuentro con Jesucristo, quien nos abre hacia un genuino vínculo interpersonal. Es el Señor de la Vida el que a través de su muerte y su resurrección, por las que vence definitivamente al Señor de la Muerte, como *Kyrios*, quien nos da esperanzas y luces para hablar de esta salvación en medio de un mundo que sufre. El *Camino* para suscitar las vías de encuentro de tipo personal, son las que surgen del corazón humano, de la profunda intimidad de la persona, la verdadera fuente de conversión que promueve la Doctrina Social de la Iglesia. Solo el Señor, que es quien puede tocar lo íntimo del ser humano, es el que puede suscitar una verdadera liberación de las estructuras injustas. De ahí que hacer verdadero pueblo pase por una profunda transformación del corazón hasta rearticular la comunidad de personas.

Solo el Señor, que es quien puede tocar lo íntimo del ser humano, es el que puede suscitar una verdadera liberación de las estructuras injustas. De ahí que hacer verdadero pueblo pase por una profunda transformación del corazón hasta rearticular la comunidad de personas.

Digamos para concluir que teología del pueblo y de la cultura son dos realidades que se coimplican y que continúan adelante con procesos que no han terminado y que levantan y posicionan el lugar teológico de la pobreza no solo como ámbito de reflexión, sino especialmente de acción evangelizadora. No hay genuina reflexión social de la Iglesia que no termine finalmente en acción, pero una acción que ha de ser traspasada por el Evangelio. Una tarea renovada en este hoy del siglo XXI, en el que, como ya lo adelantaba el Maestro, seguimos teniendo pobres entre nosotros. Es así como los contextos, tanto de pastorales territoriales como ambientales, nos siguen planteando nuevos desafíos en los que se ha de seguir desarrollando una teología del pueblo que habla con la cultura para responder a los requerimientos de la misma. Al igual que en los primeros tiempos, seguimos *duc in altum*.



POR VALERIA LÓPEZ

En primer lugar, agradezco al profesor por la obra que nos regala y por el acontecimiento de su lanzamiento aquí, en Chile. Quiero expresar el honor y la alegría que representa para mí estar compartiendo este encuentro, esta conversación, con monseñor Bravo y con los profesores Morandé y Antúnez, es realmente un privilegio.

(...) sin embargo, el lector, apenas comienza la lectura de su libro, rápidamente se siente llevado, como de la mano, en un itinerario que no necesariamente es cronológico, pero que representa su pensamiento de estos años, sus reflexiones sobre Francisco.

Profesor, usted nos introduce a su obra diciendo que ha reunido allí una serie de contribuciones presentadas en distintos tiempos y escenarios, proyectadas para diferentes destinatarios; sin embargo, el lector, apenas comienza la lectura de su libro, rápidamente se siente llevado, como de la mano, en un itinerario que no necesariamente es cronológico, pero que representa su pensamiento de estos años, sus reflexiones sobre Francisco. Y yo me atrevería a decir algo más: es su experiencia de Francisco lo que nosotros podemos recorrer en esta obra.

Yo había tenido oportunidad de leer uno de sus trabajos, que usted pone en el primer capítulo del libro, “Elementos para interpretar el papado latinoamericano”. Fue publicado en un número de la



El Viaje Apostólico a Bolivia se realizó entre el 8 y 10 de julio del 2015.

revista *Humanitas* con ocasión de la visita del Papa Francisco a Chile¹. En ese momento mi clave de lectura era cómo explicar la figura de Francisco al Pueblo de Dios en Chile, que tenía que preparar su corazón y su mente para recibir al Papa y para escuchar lo que el Papa venía a decirnos. Entonces, ¿cómo podíamos explicar a Francisco, siendo que llevaba pocos años en el pontificado y había recibido ya fuertes críticas? Muchas muy injustas, relacionadas con no entenderlo. ¿Cómo aproximar a Francisco a la gente para recibirlo? Eso era lo que me preocupaba en el momento de esa lectura, y, ciertamente, encontré una respuesta en el concepto, en la concepción de Pueblo de Dios. Porque “pueblo” es una palabra que a todos de algún modo nos es cercana, y sobre todo aquí, hablo como argentina residente en Chile desde hace veinte años. A todos nosotros la palabra pueblo nos dice muchas cosas; entonces era una forma de acercar a Francisco empezando por explicar su concepción del pueblo.

¹ Buttiglione, Rocco; “Elementos para interpretar el Papado latinoamericano: a partir de algunas reflexiones de Alberto Methol-Ferré”. *Humanitas* Año 22, n. 86 (2017), pp. 550-551.

Prácticamente cinco años después, vuelvo a leer el trabajo suyo y, evidentemente, muchas cosas han pasado para nosotros, después de la visita de Francisco, muchos acontecimientos a nivel social, y a nivel eclesial, sobre todo. Por supuesto, esa lectura ahora presenta otros cuestionamientos y otros desafíos, otras provocaciones, muy distintas a las de cinco años atrás, porque en nuestro contexto “ha pasado mucha agua bajo el puente”. Sin embargo, vuelvo a encontrar una respuesta en la concepción del pueblo, que es una clave para entender y para mirar la realidad actual. Quizá hoy el enfoque es cómo construir Pueblo de Dios en Chile, después de estos cuatro o cinco años.

Ese era el primer comentario que quería hacer acerca de la lectura, que tiene que ver con mi experiencia personal de haber leído uno de sus trabajos en dos ocasiones.

Por otro lado, justamente después de la visita del Papa Francisco, este nos habla a través de una carta que le dirige “al Pueblo de Dios que peregrina en Chile”. Una carta donde quiero solamente resaltar dos puntos, porque usted los desarrolla a lo largo de distintos trabajos en su libro. En primer lugar, que la condición común del Pueblo de Dios es la dignidad y la libertad. Con eso empieza su mensaje el Papa cuando nos habló aquel 31 de mayo de 2018 en esa carta: “cada vez que intentamos suplantar, acallar, ningunear, ignorar o reducir a pequeñas elites al Pueblo de Dios en su totalidad y diferencias, construimos comunidades, planes pastorales, acentuaciones teológicas, espiritualidades, estructuras sin raíces, sin historia, sin rostros, sin memoria, sin cuerpo; en definitiva, sin vida”². Ese es un punto.

Además, el Papa también nos llama a un tiempo de oración y de discernimiento y nos pide especialmente poner la mirada en la pastoral popular, porque escuchando la piedad popular es donde podemos encontrar una lectura de la realidad. Allí sí hay una sed de Dios, que solo en los pobres y los sencillos podemos encontrar, que solo ellos conocen. El concepto de pobre y de pobreza –que forma parte de uno de los elementos fundamentales en torno al cual gira, también, la construcción de la teología del pueblo y de la cultura–, Francisco lo ha visto y vivido en carne propia. Tenemos muchos ejemplos de esto, incluso antes de ser Francisco para nosotros. El más mencionado siempre es Francisco entrando a las villas miserias, que es lo que aquí se conoce como campamentos, o la articulación de los curas villeros. Jorge Mario Bergoglio no entraba a las villas miserias hablando

2 Carta del Santo Padre Francisco al Pueblo de Dios que peregrina en Chile. Disponible en: https://www.vatican.va/content/francesco/es/letters/2018/documents/papa-francesco_20180531_lettera-popolodididio-cile.html [consulta: 21 de marzo 2022]

sobre la dignidad de los hijos de Dios por el bautismo, o haciendo grandes discursos teológicos. Francisco iba a preguntar a las personas cómo estaban, si compartían un mate, si encontraron trabajo o no, simplemente llegaba a conversar. Entonces, el encuentro con el pobre y con la pobreza, en Francisco, es un encuentro personal, y un encuentro que cambia la vida, porque a nosotros el encuentro con Cristo nos cambia la vida, y ese testimonio del encuentro personal con Francisco cambiaba vidas. En el mismo sentido, él dialogaba a diario –usted dice que el libro no es un libro sobre Francisco, pero nos permite entender a Francisco y también la teología del pueblo de Dios, del pueblo y de la cultura– con todas las caras de la pobreza; yo creo que no hay argentino que no recuerde, en el año 2011, una homilía en la Catedral de Buenos Aires donde el arzobispo de la ciudad dijo que en Buenos Aires había esclavitud. De hecho, dijo: “una vez dije en Constitución, en una anterior misa por las víctimas de la esclavitud y exclusión, que lo que nos enseñaban en el colegio sobre que la asamblea del año 13 había abolido la esclavitud eran cuentos chinos... a lo más está en un escrito.

Pero en esta Buenos Aires tan vanidosa, tan orgullosa, ¡sigue habiendo esclavos! ¡Sigue habiendo esclavitud!”³. Recordaba Francisco un evento de cinco años atrás, donde en un incendio de una casa de trabajo clandestino habían muerto personas, entre ellas adolescentes y niños. Entonces eso es esclavitud, y en su lenguaje muy coloquial explicaba en su homilía que no se debía seguir enseñando en los colegios que la esclavitud fue abolida en 1813 en Argentina, porque en la actualidad seguía habiendo esclavitud, debido a que la esclavitud y la pobreza tienen muchas caras y tenemos que saber leer la realidad para descubrir esas caras.

En ese sentido, mi línea de reflexión a propósito de su libro viene necesariamente desde la concepción de Pueblo de Dios, pasando por sinodalidad, y pasando también por la corresponsabilidad. Esos son los tres focos de mi comentario sobre su libro. Porque su libro también nos llega ahora, cuando estamos de cara al sínodo de la sinodalidad, y ahí nos habla también de cuál es el sujeto de la sinodalidad. La reflexión ha vuelto a poner en escena al Pueblo de Dios como sujeto de la sinodalidad. Voy a citar al profesor Guzmán Carriquiry cuando escribió

Porque su libro también nos llega ahora, cuando estamos de cara al sínodo de la sinodalidad, y ahí nos habla también de cuál es el sujeto de la sinodalidad. La reflexión ha vuelto a poner en escena al Pueblo de Dios como sujeto de la sinodalidad.

3 Homilía del Sr. Arzobispo de Buenos Aires Cardenal Jorge Mario Bergoglio s. j., con motivo de la Misa en memoria de las víctimas del trabajo esclavo a los 5 años del incendio del taller clandestino de Luis Viale 1269. Disponible en <https://www.arzbaires.org.ar/inicio/homilias/homilias2011.htm> [consulta: 10 de marzo de 2022]



El Papa Francisco mira la presentación de un baile tradicional indígena en el hogar para niños 'Principito', en Puerto Maldonado, Perú, el 19 de enero del 2018. ©ABACA

que se ha dicho que a Francisco le brillan los ojos cuando pronuncia la palabra pueblo⁴. Yo podría agregar que no he podido percibir si le brillan los ojos, pero sí que la forma en que lo pronuncia, la pausa con que rodea la palabra, la entonación que le da, revela la importancia que tiene para él ser y sentirse parte de un pueblo, en términos de identidad. Entonces lo mencionaba en ese sentido. Y en este camino sinodal, al que nos sumamos desde nuestro propio camino de discernimiento que emprendimos unos años atrás, como decía anteriormente, la reflexión se ha vuelto a poner en el pueblo, en el sujeto, de qué pueblo se trata, cuál es su configuración, sus notas características, cuál es este pueblo.

4 Carriquiry, Guzmán; "La 'teología del pueblo' en la teología pastoral de Jorge M. Bergoglio". Ponencia presentada en el Simposio "Rediscovering Pope Francis", llevado a cabo en la ciudad de Milwaukee, Estados Unidos, y organizado por el Sacred Heart Seminary and School of Theology. Disponible en <http://www.americalatina.va/content/americalatina/es/articulos/la-teologia-del-pueblo-en-el-magisteriopastoral-del-papa-franci.html> [consulta: 10 de marzo de 2022]

Ahí la teología del pueblo y de la cultura nos puede también dar varias líneas de reflexión sobre este camino. En *Evangelii gaudium* el Papa Francisco también nos dice que la Iglesia ciertamente tiene sus raíces más profundas en el misterio de la Trinidad, pero, además, tiene una concreción histórica en un pueblo que peregrina y es evangelizador, es decir, la misión. Hay una concordancia entre esto y los albores de la teología del pueblo y de la cultura, a mediados o finales de los años 60, cuando en la Facultad de Teología en Buenos Aires, se reflexionaba sobre *Lumen gentium* y la unidad que existe entre sus capítulos 1 y 2, Misterio y pueblo. Y se analizaba también, con cierto asombro, que este capítulo segundo de *Lumen gentium*, “Del Pueblo de Dios”, antecede al capítulo dedicado a la estructura jerárquica de la Iglesia, y todo apunta a un único Pueblo de Dios, el Santo Pueblo Fiel de Dios que nos menciona y que nos trae el magisterio conciliar. Aquí, como canonista, no puedo dejar de mencionar que este concepto conciliar de “Pueblo de Dios” es recogido en el Código de Derecho Canónico, que es una síntesis teológico-pastoral y canónica de la eclesiología del Concilio Vaticano II sobre, sustancialmente y entre otras cosas, el Pueblo de Dios, su estructura y dimensiones: sobrenatural, celestial, pero también terrenal y peregrino.

¿Por qué traigo eso a colación? Porque sobre el principio de la igualdad fundamental y de la diversidad funcional, se estructura también, en el Libro II del Código, un reconocimiento esencial a los deberes y derechos esenciales de los fieles. No es que estén definidos solo en el Código de Derecho Canónico, también están en el Magisterio, pero aquí están estructurados, de un modo pedagógico y sintético, estos deberes y derechos que son, en definitiva, la concreción de la corresponsabilidad de los fieles. Un Pueblo de Dios donde ninguno es excluido, donde estamos todos, donde están los jóvenes, las mujeres, los clérigos, los laicos, requiere esta corresponsabilidad: la participación, la presencia –cómo vamos a leer una realidad si no estamos presentes, si no estamos participando en esa realidad– y necesariamente esta corresponsabilidad.

El Papa Francisco permanentemente hablaba, y de hecho desde antes de su pontificado, de este compromiso sociopolítico que debemos tener todos con relación a construir un proyecto común.

Unos días atrás tuve oportunidad de ver uno de los seminarios que la Academia de Líderes Católicos realizó, titulado “Mujer, Iglesia y sinodalidad: escucha y cuidado de la realidad”, y allí se habló y reflexionó sobre esta corresponsabilidad que, ciertamente, no se agota *ecclesia ad intra*, no es solo la responsabilidad que tenemos en el trabajo dentro de la Iglesia. El Papa llama a los laicos a ocupar lugares en el ejercicio de funciones de gobierno, de decisión, de participación. Esto es algo que tiene que reflejarse e ir también a otras dimensiones socioculturales.

Y aunque reforzando la idea de que la Iglesia no puede hacer política como un partido político, no puede ser ajena a lo que se denomina “la política constitucional”, es decir, allí donde están las orientaciones, las finalidades de la acción política, donde se enmarcan los derechos humanos fundamentales que en definitiva sustentan y estructuran una comunidad política.

El Papa Francisco permanentemente hablaba, y de hecho desde antes de su pontificado, de este compromiso sociopolítico que debemos tener todos con relación a construir un proyecto común. Y ahí, en ese seminario, recuerdo que Paola Binetti dijo algo bien interesante al explicar el *ethos social*, en el sentido de que “se puede ser un buen ciudadano sin ser necesariamente católico, pero no se puede ser un buen católico sin ser contextualmente un buen ciudadano”⁵. El católico no puede no ser buen ciudadano, ahí hay una dimensión de responsabilidad. Y aunque –usted menciona también al profesor Luis Gera en la originalidad de su planteo, en cierto sentido, cuando se habla de la participación en la sociedad, en la comunidad, en la política– reforzando la idea de que la Iglesia no puede hacer política como un partido político, no puede ser ajena a lo que se denomina “la política constitucional”, es decir, allí donde están las

orientaciones, las finalidades de la acción política, donde se enmarcan los derechos humanos fundamentales que en definitiva sustentan y estructuran una comunidad política.

Entonces, en concreto, mi reflexión, después de haber leído su libro, me llevó por esa línea: el Pueblo de Dios, la sinodalidad, la corresponsabilidad, sobre todo de los laicos y, como no decirlo, de las mujeres. También la participación de la mujer en estas dimensiones, no solo dentro de la Iglesia, sino también en la sociedad. También lo decía Paola Binetti, que no tendríamos por qué hacer una distinción entre Iglesia y sociedad, entre Iglesia y el mundo, porque en definitiva estamos enraizados en el mundo. Pero para hacer notar un poco estas dos dimensiones, siempre se habla diferenciadamente de la Iglesia y de la sociedad⁶.

Y quiero terminar entonces, profesor, haciéndole una pregunta para después, si quizá puede darse en la conversación, si no surge de lo que mencionan los otros profesores. Usted señala en su prólogo que la contribución innovadora de la teología del pueblo y de la cultura es que es un proceso inacabado, que hay una continuación en el sentido de pensar también la

5 Paola Binetti, en la conferencia inaugural del Seminario “Mujer, Iglesia y sinodalidad: escucha y cuidado de la realidad”. Disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=4eINd47tCCA&t=13395> [consulta 8 de marzo de 2022]

6 *Idem*.

modernidad desde América Latina, de esta teología del pueblo y de la cultura que se globaliza, pero el gran desafío es que no pierda sus raíces latinoamericanas; entonces me gustaría, si fuera posible, que nos converse un poquito acerca de ese sentido de proceso inacabado que tiene esta teología del pueblo y de la cultura, y con esto entonces termino mi participación.



POR MONS. GONZALO BRAVO ÁLVAREZ

Quiero agradecer el libro, agradecer los estudios a los que allí se hace referencia. Deseo comenzar con una frase sacada de la Introducción (p. 21), tomada del Papa Francisco: “la inteligencia no culmina su itinerario al alcanzar la verdad del juicio, sino más bien lo hace cuando la persona toda se compromete a entregarse libremente como don a los demás”. Manifiesto un sentimiento desde un inicio: el miedo que me da una teología del pueblo “de papel”. Mi experiencia pastoral ha sido trabajar y servir siempre en sectores muy populares, barriadas, podríamos decir. Es lo similar a las “villas miserias” argentinas. Pero, y perdón por lo que digo, he percibido la teología del pueblo como una reflexión de una élite, que habla sobre el pueblo, pero no siente con, ni está con, ni convive, ni tiene sintonía con el pueblo. Es una crítica general, no particular.

Pero, y perdón por lo que digo, he percibido la teología del pueblo como una reflexión de una élite, que habla sobre el pueblo, pero no siente con, ni está con, ni convive, ni tiene sintonía con el pueblo. Es una crítica general, no particular.

Hoy quiero hacer alusión a la fiesta de monseñor Romero el 24 de marzo: él dice sentir con la Iglesia, como un pueblo “que es de Dios”; esta convicción me parece espectacular. Estoy convencido de que el pueblo le pertenece a Dios, que cada miembro de la Iglesia es de Dios, independiente de lo que tiene. No se trata de un concepto meramente sociológico, tipo años 60 o 70. ‘Pueblo de Dios’ debe ser una de las expresiones más sublimes que se refiere a la Iglesia.

Mi origen familiar es humilde, yo vengo de familia pobre, mi papá comunista y mi mamá de derecha, una conjunción muy simpática. Yo sé lo que es la pobreza; pero siento que muchas veces la teología del pueblo, al ser un intento reflexivo, queda en una elucubración sobre un sujeto, sobre un objeto que tiene vida en sí mismo.

La Comisión Teológica Internacional, en el Documento “La teología hoy: perspectivas, principios y criterio”, dice que “el *sensus fidelium* es el sentido de la fe que está profundamente enraizado en el pueblo de Dios que recibe, comprende y vive la Palabra de Dios en la Iglesia”⁷; y continúa, diciendo que tal “sentido de la fe del pueblo (...) no es solo un objeto de atención y respeto, es también una base y un *locus* para su trabajo”⁸. Por lo que, insisto, el pueblo no puede ser solo un objeto de estudio para la teología, sino, fundamentalmente, *sujeto* que vive, profundiza y desarrolla la teología. Es por ello que puede resultar inadecuado escribir sobre la teología del pueblo sin experimentar lo que este experimenta en la cotidianidad de vida.

La teología vive en el Pueblo de Dios, y vive fundamentalmente en un pueblo, que no está definido solo por la dimensión económica; en la clase ABCI, también se puede vivir la categoría de pueblo de Dios. Yo puedo decir que hay tanta pobreza en la riqueza y tanta riqueza en la pobreza; y también se puede decir: hay tanta riqueza en la riqueza, y tanta pobreza en la pobreza.

Por otro lado, comparto una preocupación que se advierte en lo que dice el Papa en el libro (p. 16): “en cierto sentido, está también la preocupación central de la teología del pueblo: cómo lograr una reflexión teológica pastoral pertinente que nos ayude a colocarnos en movimiento a favor del pueblo”.

Por lo tanto, ser parte de ese pueblo —y me parece que eso es esencial para comprender una teología del pueblo— significa una experiencia de encuentro personal y comunitario con Jesús, en la línea de Benedicto XVI.

Hoy en Chile decir “pueblo” es identificarse en un lugar conocido en el espectro de la política. Hoy, no mucha gente, incluso del Pueblo de Dios, se siente Pueblo de Dios. La palabra “pueblo” hoy en día tiene muchos matices; no hay que decir que es errónea, errática, pero sí que tiene muchos matices. No sé a cuántas personas les gustaría en Chile que le llamen pueblo. En cambio, para una persona que comparte en comunidad el amor que Dios le tiene, decirle “tú eres del pueblo”, es una dimensión teológica maravillosa.

Los análisis que se reportan en la primera parte del libro —que yo llamo a leer porque son espectaculares— están muy bien, incluso las referencias a Marx y otros autores. Pero, y he aquí el peligro de no vivir en el pueblo, o no sentirse perteneciente a la categoría existencial y espiritual “Pueblo de Dios”, esas dimensiones, hoy en el siglo XXI acá

7 Comisión Teológica Internacional; “La teología hoy: perspectivas, principios y criterio”. 29.11.2011. n. 34.

8 *Ibid.*, n. 35.



Imagen de la visita del Santo Padre a Ecuador, entre el 5 y 8 de julio del 2015.

en Chile, no siempre se dan. Siento que cada país tiene lo suyo. Entonces cuando el Papa se pregunta ¿qué nos puede ayudar a comprender al pueblo?, y en particular al santo Pueblo fiel de Dios, yo me permito poner un matiz. Creo que ser parte de ese pueblo, lo que configura el Pueblo santo de Dios, es su total pertenencia y dependencia, como individuo relacional, a Dios, como respuesta a su amor incondicional. Por lo tanto, ser parte de ese pueblo —y me parece que eso es esencial para comprender una teología del pueblo— significa una experiencia de encuentro personal y comunitario con Jesús, en la línea de Benedicto XVI: “Hemos creído en el amor de Dios: así puede expresar el cristiano la opción fundamental de su vida. No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el *encuentro con un acontecimiento, con una Persona*, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”⁹. Por lo tanto, la teología del pueblo no se hace en un escritorio, no se hace con una beca de *Adveniat*; se hace, fundamentalmente, estando con la gente, preguntándole cómo está, haciendo sentir la presencia del amor de Dios en cada persona. De algún modo, la teología del pueblo tiene algo de mayéutica: se trata de que cada persona descubra el amor que Dios le ha derramado.¹⁰

⁹ Benedicto XVI; Carta Encíclica *Deus caritas est, sobre el amor cristiano*, 2005, n. 1.

¹⁰ Cfr. *Rom* 5, 5.

El Papa, en la Introducción del libro que estamos presentando, parece también indicar otra pista para responder a la pregunta “¿qué nos puede ayudar a comprender al pueblo?”; efectivamente, en la p. 18, él responde: “en la amistad con los pobres, en el servicio cercano y solidario con ellos, se develan las verdades peculiares que fortalecen la fe y hacen amar más hondamente nuestros pueblos y sus respectivas historias”. El Papa habla de amistad, de fortalecer la fe, de amar, de servicio solidario. Me permito, incluso decir, que hay que tener atención a un mensaje de salvación solo como superación de una condición económica, casi como si la teología del pueblo fuese un área de la economía.

El Papa, siempre en la Introducción, p. 14, afirma que “el pueblo es síntesis de lo más humano que poseen las personas que lo integran”. En realidad, mi experiencia no siempre se ha tocado con esa constatación. Yo mismo soy parte de un pueblo donde hay vanidades, donde está el nar-

Entonces, esa noción del pueblo me parece un poco romántica para lo que yo conozco; no sé si acaso responde a una particularidad sociológica, pero no es la que yo he percibido en mis años de ministerio, ni tampoco la que está presente hoy en la sociedad chilena.

cotráfico que está cancelando todas las honestidades. Hoy el pueblo está en una crisis enorme de identidad, incluso de relacionalidad. Me van a entender mejor con un ejemplo: si yo digo “vamos a hacer una procesión a las cinco de la mañana”, la gente del pueblo me dice “no tengo tiempo”; pero si yo digo “viene Farkas¹¹ a las cinco de la mañana”, tengo a todo el pueblo conglomerado. Entonces, esa noción del pueblo me parece un poco romántica para lo que yo conozco; no sé si acaso responde a una particularidad sociológica, pero no es la que yo he percibido en mis años de ministerio, ni tampoco la que está presente hoy en la sociedad chilena.

Hay un dato que me habría encantado que el profesor Buttiglione pudiese considerar, y me permito sugerirlo para su próximo libro. Hay una diferencia enorme entre lo que ha escrito el Papa Francisco en la Introducción del libro –“pueblo como síntesis de lo más humano que tienen las personas”– y lo que expresa en *Laudato si'* y en *Fratelli tutti*. En ambos documentos, el Papa se refiere a una dimensión impresionante que desconfigura el pueblo: el individualismo. En *Fratelli tutti* llega a decir que el “individualismo radical es el virus más difícil de vencer”¹²; y ojo que escribe la *Fratelli tutti* en el contexto de la pandemia.

¹¹ Farkas es un gran filántropo chileno.

¹² Francisco; Carta Encíclica *Fratelli tutti*, sobre la fraternidad y la amistad social, 2020, n. 105.

Es decir, hay dos modos de acercarse al concepto de pueblo: uno tiene que ver con lo sublime; otro tiene que ver con lo precario y lo que le amenaza. No cabe la menor duda de que una teología del pueblo debe responder a estos extremos y, obviamente, a otros matices de entre medio. El individualismo hoy es atroz. Lo que alguna vez configuró al pueblo con el poder del amor, hoy se destruye con el amor al poder. Esto es lacerante, y me parece que es un elemento súper determinante para poder comprender algunos indicios de lo que podría configurar una teología del pueblo, que entiendo que es un título de insinuación, de provocación porque, como dice el profesor Buttiglione, se va configurando más adelante, y quizás habría que darle algunos elementos adicionales.

Es decir, hay dos modos de acercarse al concepto de pueblo: uno tiene que ver con lo sublime; otro tiene que ver con lo precario y lo que le amenaza. No cabe la menor duda que una teología del pueblo debe responder a estos extremos y, obviamente, a otros matices de entre medio. El individualismo hoy es atroz.

Quiero referirme a algunas frases y comentar de los capítulos 3 y 4. En la p. 290 se dice que “si queremos entender las energías que una civilización moviliza y los propósitos para los que se las moviliza, tenemos que estudiar su religión”. Si bien es cierto en algunos ámbitos, en la vida colectiva no es lo que he percibido. Hoy, lamentablemente y considerando lo que afirma el mismo Buttiglione en otra parte de su texto sobre las religiones, ellas han derivado en algo individualista, consumista, ideológico. Este gran vacío humano y de escasa vida “religiosa” lo llena con las alternativas de siempre: poder, placer (lugar preponderante lo ocupa el internet y las redes sociales) y el dinero. En este sentido, no estoy tan claro de que la religión sea lo que moviliza hoy la civilización. Lamentablemente, y en concordancia con lo dicho anteriormente, es posible que en el mundo occidental sea el individualismo y el consumismo los que motivan y dan sentido a parte del Pueblo de Dios.

Hoy, ciertamente, quienes vivimos las movilizaciones sociales en Chile de distintos modos, entendemos que había muchísimos intereses. Creo que hay algo de una religión del individualismo, que el profesor Buttiglione lo dice muy bien en la p. 292: “podemos decir que el nacionalismo, el fascismo y el comunismo son religiones seculares, pero religiones al fin y al cabo”. En la misma página, el profesor Buttiglione afirma que “la superación del egoísmo implica la subordinación a las autoridades legítimas”. Me encantaría que nos enseñara cómo lo hacen. Una teología del pueblo que no toque el despiadado egoísmo que esclaviza al ser humano actual, poco podrá revelar la generosidad de Dios. Los dones divinos de su misericordia y amor, de su muerte en cruz o de la eucaristía —su



Francisco visita a la Virgen de la Caridad del Cobre durante su Viaje Apostólico a Cuba, el 21 de septiembre del 2015.

Estoy súper de acuerdo, y me parece muy pertinente traerlo a colación, que “la religión no es formalmente perseguida, pero la presión omnipresente de los medios de comunicación propone una nueva religión de la liberación de los instintos” (p. 293). Eso me parece que está súper presente en el pueblo, y esto la teología del pueblo tiene que asumirlo.

cuerpo entregado y su sangre derramada—, poco dirán al Pueblo de Dios si este vive con el virus del individualismo. “Cuando somos capaces de superar el individualismo, realmente se puede desarrollar un estilo de vida alternativo y se vuelve posible un cambio importante en la sociedad”¹³.

Estoy súper de acuerdo, y me parece muy pertinente traerlo a colación, que “la religión no es formalmente perseguida, pero la presión omnipresente de los medios de comunicación propone una nueva religión de la liberación de los instintos” (p. 293). Eso me parece que está súper presente en el pueblo, y esto la teología del pueblo tiene que asumirlo. Si este aspecto no se considera, al concepto real de pueblo se lo vacía de un aspecto negativo, sin el cual estaríamos idealizando lo que realmente es. Hoy los medios de comunicación son

capaces de desarmar y desinformar arteramente. Le voy a pasar un dato tremendo que mis hermanos y hermanas chilenos lo pueden corroborar:

¹³ Francisco, Carta Encíclica *Laudato si'*, sobre el cuidado de la casa común, 2015, n. 208.

hoy el cantante más escuchado en Chile según Spotify es un señor que se llama Marcianeke, él es un cantante hiphop con letras horribles; no vale la pena escucharlo ni verlo, pero uno dice “eso está en el pueblo”, eso es el cantante más escuchado en Chile. Entonces estas dimensiones son muy importantes para configurar una teología.

Me encantó el capítulo 4, porque me desafió y, a la vez, cambió muchos conceptos que yo tenía, y se lo agradezco. Quiero terminar con esto, con el concepto Iglesia. Me parece que lo dicho de ella, desde la p. 343 en adelante, no responde, creo yo, humildemente, a lo que es Iglesia como pueblo. Lo que se percibe en el texto es una Iglesia institución, una estructura jerárquica. Estimo que hay que reposicionar y volver a pensar la Iglesia como Pueblo de Dios, en la línea de la *Lumen gentium*; ella es Pueblo de Dios que está presente en creyentes en Cristo, quienes formamos una nación.

Hay un concepto para nosotros que no está tan claro aquí en Chile; los que somos chilenos estamos un poco atentos al debate constituyente, donde hoy día se está separando lo que es pueblo de nación. No es poco lo que se está jugando ahí para nosotros los chilenos y chilenas. Entonces yo creo que es importante lo que dice *Lumen gentium*: “toda la Iglesia aparece como un pueblo reunido en virtud de la unidad del Padre, Hijo, el Espíritu Santo”¹⁴. Y a mí, como parte de la jerarquía, me comprometo y exige lo señalado en el sentido de que “para apacentar el Pueblo de Dios y acrecentarlo siempre están las personas ordenadas”¹⁵. Espero que nunca se me olvide; que siempre anime mi función en el pueblo de Dios: servirle y entregarme por él.

Para nosotros, la teología del pueblo o teología de las naciones no nos queda el “o”. Nosotros estamos viendo una reflexión constituyente que nos va a solicitar en un plebiscito nuestro parecer sobre el concepto de pueblo y/o nación. No da lo mismo esta unidad, para nosotros va a significar definir incluso estructuras, procedimientos y legislaciones.

No me queda más tiempo. Quiero agradecer su libro. Créame que yo soy una persona que se siente deudora de las personas que enseñan y escriben bien; me siento, entonces, su deudor, estimado profesor. Gracias por poner en mí esta deuda. Muchas gracias.



14 Concilio Vaticano II, Constitución Dogmática sobre la Iglesia *Lumen gentium*, 1964, n. 4.

15 *Ibid.*, n. 18.

Es un gran honor y una alegría comentar en presencia de un querido amigo, como es Rocco Buttiglione, un libro suyo que resulta de muchos años de meditación y estudio, y que con mucha razón recibe los elogios del Papa Francisco, quien dice ver en el autor al genuino filósofo. Al de quien practica la filosofía, diría, como se hacía en los primeros tiempos de la cristiandad, en la contemplación del misterio y en la oración, no necesariamente

en la teorización, mucho menos en el lucimiento de una erudición. No obstante, hay que decir que el libro está teóricamente muy bien concebido y tiene como substrato mucha erudición.

En consonancia con esta primerísima intuición papal, formulada nueve años atrás, Rocco tiene el gran acierto de descubrirnos el significado que ella tiene para nosotros –los habitantes de esta región del mundo– y, más aún, alumbrar y animarnos a algo verdaderamente audaz, que viene a ser como una auténtica misión de Latinoamérica en el mundo actual: en el mundo de la fe religiosa y en el mundo de la positividad del ser.

Esta búsqueda del ser, en este caso de la *positividad del ser* latinoamericano –región del mundo a la cual atan al autor vínculos familiares y de la que se declara un enamorado–, desvela en seguida, por lo que dice respecto a nuestra tierra americana, lo que en *Evangelii gaudium*, el primer documento magisterial del Papa Francisco, se indicaba como una criteriología evangélica para este tiempo: “No conviene ignorar la tremenda importancia que tiene una cultura marcada por la fe, porque esa cultura evangelizada, más allá de sus límites, tiene muchos más recursos que una mera suma de creyentes frente a los embates del secularismo actual”¹⁶. Ignorarlo, agregaba el Papa Francisco, allí donde una gran parte de la población ha recibido el bautismo, sería desconocer la siembra del Espíritu Santo.

En consonancia con esta primerísima intuición papal, formulada nueve años atrás, Rocco tiene el gran acierto de descubrirnos el significado que ella tiene para nosotros –los habitantes de esta región del mundo– y, más aún, alumbrar y animarnos a algo verdaderamente audaz, que viene a ser como una auténtica misión de Latinoamérica en el mundo actual: en el mundo de la fe religiosa y en el mundo de la positividad del ser. Arranca para ello de las reflexiones en las que participaba (como también Pedro Morandé, aquí presente) en los años setenta, en el entorno de Jorge Mario Bergoglio y de su amigo, el filósofo

16 Francisco; Exhortación Apostólica *Evangelii gaudium*, 2013, n. 68.

uruguayo Alberto Methol Ferré. Pondera en estas páginas la incidencia que todo ello tendría en Puebla y más tarde en Aparecida.

Es una alegría y nos honra que, después de su sustancioso Prólogo, la primera parte del primer capítulo del libro sea un artículo publicado a finales de 2017, víspera de la visita del Papa Francisco a Chile, en nuestra revista *Humanitas*, texto que más de una vez había yo ponderado al autor como siendo de las mejores y más importantes colaboraciones recibidas por esa revista de la UC en los 23 años que la dirigí. De algún modo, me atrevo a decir, en ese magnífico texto estaba *in ovo* este profético libro.

Esta búsqueda de una voz para Latinoamérica, que logre dar mundialmente expresión a su *ethos*, es un viejo sueño nuestro y, si ha llegado su hora, como postula el autor, es bueno confrontarlo brevemente con esfuerzos pasados para no tropezar de nuevo en la misma piedra o en otras parecidas. De ello nos interesa saber la opinión de Rocco en su posterior intervención.

Chile, por ejemplo, vivió ese sueño muy en consonancia con lo que se plantea en el Prólogo de este libro, ya desde los años 30 y hasta los sesenta. La figura clave de esa experiencia fue, a mi juicio, la de san Alberto Hurtado. Iniciado su noviciado en Chillán, se traslada a Barcelona en los años previos a la Guerra Civil española, lo que le obliga a mudarse a Lovaina, en Bélgica. No vamos a entrar en detalles de su biografía, tan conocida; todos sabemos de su fuego interior, capaz de encender otros tantos fuegos y de cómo ello tuvo lugar. San Alberto fue, en efecto, el primero que logró hacer conocer la Doctrina Social de la Iglesia en los sectores católicos cultivados de Chile, el gran apóstol del amor al pobre en el chileno siglo XX, el primero en hacer ver a Cristo en el desvalido y volcarse, arrastrando a falanges de jóvenes, en ir a ellos. El líder incomparable de la Acción Católica, lugar de oración y de acción, donde contó con la colaboración en la presidencia de la institución de jóvenes como Eduardo Frei Montalva y William Thayer Arteaga, el primero luego Presidente de la República y el segundo ministro del Trabajo y de Justicia del mismo gobierno. Fue este, Don Willie, su joven ayudante, formado por el mismo Hurtado, para la ardua lucha por el sindicalismo libre, batalla que daba frente al férreo sindicalismo partidista que promovía el Partido Comunista.

¿Qué dificultades encontró san Alberto en su camino y cuáles fueron sus logros, en la secuela del planteamiento que nos hace Rocco Buttiglione?

Todavía no eran tiempos para una teología de la liberación de inspiración marxista y, en esa vertiente, el esfuerzo de san Alberto por construir un pueblo a partir del pobre se enfrentaba, desde la izquierda, con algo

Alguna vez dijo ese gran mexicano y latinoamericano que fue Octavio Paz que el problema esencial para entender a sus naciones que padecían las clases cultas latinoamericanas era que trasladaban la dialéctica ilustrada europea a esta tierra. Grave equivocación, agregaba, pues si bien es evidente que Europa es nuestro pasado y nuestro origen, no es nuestro presente.

más rudo y primario: con el materialismo duro, con una visión de proletariado como mero resultado de un proceso productivo, en el que no se consideraba –y más bien se obligaba a renunciar a ella– la cultura propia y la religión. Era el Chile que, en el esquema marxista, debía subordinar la superestructura (cultural y religiosa) a la estructura (económica). Alberto Hurtado y su obra no podía naturalmente ser desde allí comprendido; muy por el contrario.

A su vez, desde la derecha, digamos, o desde los sectores ilustrados, incluso los católicos y hasta de algunos eclesiásticos, debía soportar otra clase de incompreensión. Para varios era un “cura comunista”.

Alguna vez dijo ese gran mexicano y latinoamericano que fue Octavio Paz que el problema esencial para entender a sus naciones que padecían las clases cultas latinoamericanas era que trasladaban la dialéctica ilustrada europea a esta tierra. Grave equivocación, agregaba, pues si bien es evidente que Europa es nuestro pasado y nuestro origen, no es nuestro presente.

A pesar de la incompreensión a su obra proveniente de una doble vertiente ilustrada –obra, la de Hurtado, muy identificable en el contexto de esos años con la teología del pueblo y de la cultura que expone Rocco Buttiglione–, la semilla fructificó. Sus jóvenes de la Acción Católica, entre tropiezos y equivocaciones, en décadas de grandes tensiones sociales, lograron ocupar el centro político del país, que por toda la década de los cuarenta fuera dominado por el Partido Radical (formación laica, muy similar a otras de su tipo en el continente) y transformarse en una mayoría absoluta a nivel nacional. Llegó así a haber aquí unos cuadros que representaban políticamente de modo casi incontrarrestable ese *populus* que trabajó por constituir Alberto Hurtado. Se hacía de este modo realidad una voz que habían alentado desde lejos, con una mirada europea, personas como Jacques Maritain, y que había cantado nuestra poeta y Premio Nobel, Gabriela Mistral, seguidora cercana de esa marcha.

Llegábamos ya a los años sesenta y me veo aquí, a estas alturas del relato, en el apremio de contar una conversación muy íntima, que tal vez sea algo ya escuchado por algunos de los presentes.

Lúcido siempre, pero ya avanzado en años, William Thayer Arteaga –a quien mencioné como estrecho colaborador del padre Hurtado en las tareas sindicales– me dijo un día estando solos en la Academia o en su casa:



El Papa Francisco se prueba el sombrero vueltiao que le obsequiaron los niños y niñas que lo esperaban en el aeropuerto de Cartagena de Indias.

Jaime, te voy a contar una cosa importante; tú no te puedes imaginar lo que fue para nosotros haber triunfado en 1964, obteniendo por mayoría absoluta la Presidencia de la República, ganando la mayoría en el Parlamento, viendo en ese momento en Roma la conclusión del Concilio que abría una nueva época, asistiendo al reconocimiento hecho en la ocasión de ese cierre a nuestro maestro e ícono intelectual, Jacques Maritain, y constatar luego, pasados cinco años, que no quedaba absolutamente nada...

Don Willie, que abandonó entonces el Ministerio de Justicia para asumir la rectoría de la Universidad Austral de Valdivia, conversó largamente con el Presidente Frei Montalva antes de dejar el gabinete, me contó, y llegaron a la conclusión de que fuerzas incontrolables para ellos –las que dieron cuerpo al estallido cultural de 1968 en todo Occidente, podemos decir hoy– habían descarrilado el tren.

Yo era entonces un joven estudiante, que además no participaba de ese proceso. Pero, mirado en retrospectiva, me asiste la idea de que allí se jugó un momento histórico crucial para nuestro continente y que otra cosa podría haber pasado si esa realidad a que me refiero no hubiese abortado.

Mario Vargas Llosa ha levantado la hipótesis de que la alternativa latinoamericana a la revolución castrista, que debió haberla opacado y sustituido, venía más bien del norte, del proceso reformista encabezado en los años cincuenta en Guatemala por el Presidente Jacobo Arbenz, finalmente derrocado en 1954 por influencia de la CIA y la United

Fruits Company, dueña de gran parte del suelo agrícola de ese país. Las circunstancias trágicas de ese proceso, muy inmerso en el conflicto de la Guerra Fría, con Ernesto Che Guevara allí presente y con un triste exilio cubano del Presidente depuesto, no permiten configurar, en este caso, el camino hacia la positividad del ser de un *populus* latinoamericano. “El pobre latinoamericano tiene una cultura”, reza uno de los subtítulos de este libro. Ni la CIA ni Guevara, ni la solución liberal intermedia a título de transacción, llegan a comprender la especificidad cultural intrínsecamente religiosa de estos pueblos.

Insisto por tanto en que, aunque se hayan desviado y colapsado, las premisas para hacer el camino venían del sur, y estuvieron aquí, entre nosotros, no tanto en el norte del continente.

¿Cómo hacer ese camino hacia la necesaria modernización sin perder el alma? Rocco Buttiglione nos recuerda que la filosofía del Concilio Vaticano II es la del “redescubrimiento de la modernidad católica”.

Nos dice el autor, y esto me parece muy importante, que ante el fracaso a que estamos asistiendo de la versión secularizada de la modernidad —de origen protestante, puntualmente calvinista— “se abre la posibilidad de proponer de nuevo la otra modernidad; la modernidad católica, y ese camino es quizás el único que puede salvar las adquisiciones positivas de la modernidad” (pp. 69-70).

¿Cómo hacer ese camino hacia la necesaria modernización sin perder el alma?¹⁷

Rocco Buttiglione nos recuerda que la filosofía del Concilio Vaticano II es la del “redescubrimiento de la modernidad católica”.¹⁸

17 Es interesante recoger la siguiente cita de las páginas 73 y 74 del libro que comentamos: “La idea de *resurgimiento* (NdA: concepto que Methol Ferré recoge de Augusto Del Noce) se opone igualmente a la idea de revolución y a la de contrarrevolución. (...) La revolución resulta intrínsecamente atea porque niega, en general, la dependencia ontológica del hombre de un misterio más grande que él, es decir, el carácter simbólico de la realidad, y niega igualmente la subjetividad, pues su método es precisamente el reduccionismo a la objetividad pura. En este tema de la *subjetividad* a ser preservada —vs. la *objetividad pura* (NdA: la vía de Baruch Spinoza (p. 69), que toma una lectura del cartesianismo, distinta de la pascaliana, explica el autor)— es importante preguntar por la fuerte defensa de la *subjetividad de la cultura* que hace San Juan Pablo II en sus encíclicas *Sollicitudo rei socialis* y *Centesimus annus*.

18 Ver también, *a contrario sensu*, lo que dice el autor sobre el Concilio Vaticano II y el “redescubrimiento de la modernidad católica” (p. 68): “...la otra modernidad que, a partir de Descartes y a través de Malebranche y Vico, desemboca en Newman y Rosmini, grandes anticipadores del Concilio y no canonizados sino después de él”. Esta no fue la modernidad que condenó el Beato Papa Pío IX (encíclica *Quanta cura*), sino fue aquella la que sigue de Spinoza hacia Marx, la positivista e idealista. Es importante aquí el segundo párrafo p. 69: “Todas las interpretaciones equivocadas de la derecha y de la izquierda dependen de la obliteración de la categoría de ‘catolicismo en la modernidad’. Si la modernidad es solo la modernidad idealista y positivista, solo es posible o bien aceptarla, disolviendo el catolicismo en la modernidad, o rechazarla, confinando así el catolicismo en la premodernidad. Para entender el sentido auténtico del Concilio es necesario problematizar la noción de modernidad. Eso es precisamente lo que Del Noce hace”.

No puedo extenderme en exceso, pues lo que a todos interesa es escuchar al autor, profesor Rocco Buttiglione, mas permanece la pregunta crucial: ¿cómo habrá de caminar esta indoamérica, entre trancos y barrancos, para alcanzar dicha meta?

Glosando al autor en su hermoso capítulo segundo, cuarta parte, dedicado al misterio de Guadalupe¹⁹ —y sin espacio aquí y ahora para entrar al sustancioso tema de la cosmología de los mexicas y la Virgen de Guadalupe que él desarrolla—, me remito a una entrevista que hice muchos años atrás, probablemente en 1988, cuando oficiaba de joven editor de “Artes y Letras” de El Mercurio, al gran escritor mexicano ya citado, Octavio Paz, más tarde premio Nobel de Literatura. Sus palabras consueñan con las de Rocco, él nos lo confirmará. Así dice textualmente Paz a cierta altura de la conversación:

Muchos se admiran de que México, a pesar de tener al frente al país más poderoso de la tierra, haya resistido con cierta fuerza la invasión de la cultura norteamericana, que es una cultura moderna. Hemos resistido por la fuerza que tiene la organización comunitaria, sobre todo la familia, la madre como centro de la familia, la religión tradicional, las imágenes religiosas. Creo que la Virgen de Guadalupe ha sido mucho más antiimperialista que todos los discursos de los políticos del país. Es decir, las formas tradicionales de vida han preservado, en cierto modo, el ser de América Latina. Pero es peligroso confiarse en las tradiciones cuando ellas son puramente paciencia.

Y agrega entonces Paz una invitación y una consideración de base:

Pienso yo que esa fuerza debe convertirse en activa y creadora. Es lo que no encuentro en este momento en las tradiciones sudamericanas. (...) Yo creo que es el momento no solo de deshacerse de esos mitos [ideológicos e importados²⁰] que han vivido en las conciencias, sino de descubrir que existe una realidad histórica y cultural que se llama América Latina. Cualquiera que haya viajado por este continente habrá encontrado enormes diferencias entre Chile, Argentina, México y Bolivia. Sin embargo, hay rasgos fundamentales semejantes; esta unidad se da naturalmente a través de lo hispánico.

19 Lo anticipa ya el autor en su Prólogo (p. 78): “Parece que la Virgen de Guadalupe (y más en general la devoción mariana de la religiosidad popular latinoamericana) nos ofrece un equivalente funcional. Hay que reflexionar sobre esto, especialmente en la víspera del quinto centenario de la aparición de la Virgen a San Diego”.

20 Cfr. Antúñez, Jaime; *Crónica de las Ideas - Para comprender un fin de siglo*. Editorial Andrés Bello, Santiago, 1989. Entrevista con Octavio Paz: “Del Jacobinismo a la Gironda” (p. 31).



Misa multitudinaria en el santuario mariano de Caacupé, el 11 de julio de 2015, durante el Viaje Apostólico a Paraguay.

Creo todo esto muy importante. No es mera coincidencia, además, que ese monumento en orden al rescate de la modernidad católica que es, como lo afirma Rocco Buttiglione, el Concilio Ecuménico Vaticano II, cierre su fundamental Constitución conciliar *Lumen gentium*, sobre la Iglesia católica, con un capítulo consagrado a la Virgen.

Joseph Ratzinger, experto del Concilio, luego Papa Benedicto XVI, comenta precisamente que ese capítulo sobre María se presenta como culmen de la eclesiología conciliar y nos remite a su punto de vista cristológico y trinitario: “es en ella [María] que está asegurada la habitación de Dios en el hombre y en el mundo”²¹.



²¹ Cfr. Ratzinger, Joseph; *Convocados en el camino de la Fe*. Citado en *La eclesiología de Joseph Ratzinger - Licenciatura en Teología histórica*, por Jaime Antúnez, Valencia 2021, p. 78.

POR PEDRO MORANDÉ COURT

Es para mí un grato placer presentar el magnífico y complejo libro del profesor Rocco Buttiglione, querido amigo de más de cuarenta años y colega en la Pontificia Academia de Ciencias Sociales, titulado *Caminos para una teología del pueblo y de la cultura*. El libro trata de desentrañar una poderosa y creativa corriente teológico-pastoral de la Iglesia latinoamericana, cuyo mayor representante es el mismo actual Pontífice, el Papa Francisco. En un gesto que da una particular autoridad a esta obra, el propio Papa decide prologarla, haciendo suya su orientación y su propósito. Pero aclara Buttiglione que el libro no se refiere al Papa, ni a su persona, sino a la corriente teológica que está en la base de su pontificado y que desde América Latina se ha vuelto más universal, sin excluir ni desvalorar las otras corrientes pastorales vigentes en la Iglesia.

El mismo Papa Francisco no identifica esta corriente en su origen con América Latina, sino que la reconduce a Romano Guardini y su exhortación de no tratar a la teología solo como disciplina dogmática, sino considerando también su dimensión práctica, volitiva y hasta subjetiva, dependiendo de la fe real del pueblo creyente, de lo “concreto viviente” como lo llamaba él. No está de más recordar que la tradición católica ha reconocido siempre la valoración del *sensus fidei* de modo que no estamos aquí ante una novedad. Por ello, el Papa cita a este respecto a Dostoievski como epígrafe de su introducción:

Quien no cree en Dios, tampoco cree en el Pueblo de Dios. En cambio, quien no dude del Pueblo de Dios, verá también la santidad del alma del pueblo, aun cuando hasta ese momento no hubiere creído en ella. Solo el pueblo y su futura fuerza espiritual convertirá a nuestros ateos, desligados de su propia tierra.

Así, aunque mencione a muchos de sus amigos latinoamericanos, el enfoque del Papa, en cuanto Papa, es universal. No solo está de por medio el recato propio del autor de esta orientación pastoral, sino antes aun la necesidad de considerar a la Iglesia en su universalidad.

El profesor Buttiglione, en cambio, quiere dilucidar de manera específica el aporte que ha traído la Iglesia latinoamericana a la configuración particular de las orientaciones del actual pontificado. Señala, al respecto, que se ha producido desde el Concilio Vaticano II una tendencia fuerte de globalización que incluye la organización eclesiástica, pero más

El profesor Buttiglione, en cambio, quiere dilucidar de manera específica el aporte que ha traído la Iglesia latinoamericana a la configuración particular de las orientaciones del actual pontificado.

aún sus orientaciones teológico-pastorales. Entre estas orientaciones, la más relevante es la que, siguiendo a otros, entre ellos sobre todo a Lucio Gera, ha denominado “teología del pueblo y de la cultura”, que habría tenido especial fuerza en América Latina dada su peculiar historia eclesial y secular vinculada por siglos a Europa y a la cultura occidental. Con el Concilio se habría producido una necesidad mayor de madurez y autonomía.

Esta fue la posición del jesuita brasileño Henrique Claudio de Lima Vaz, quien introdujo para ello la distinción entre “Iglesia matriz” e “iglesias espejos”, queriendo decir que mientras la Iglesia matriz toma como punto de referencia la fe de sus propios creyentes, las iglesias espejos reflexionan desde la fe de otras iglesias matrices, ligadas habitualmente a los centros hegemónicos, para imitar y reproducir desde ellas las orientaciones pastorales

Desde el Concilio habría llegado la hora para la Iglesia de América Latina de orientarse pastoralmente desde sí misma, considerando el propio rol asumido en el proceso de globalización tanto para su propia autocomprensión como para ofrecer también su experiencia pastoral a la totalidad del cristianismo

consideradas universales y exitosas. Desde el Concilio habría llegado la hora para la Iglesia de América Latina de orientarse pastoralmente desde sí misma, considerando el propio rol asumido en el proceso de globalización tanto para su propia autocomprensión como para ofrecer también su experiencia pastoral a la totalidad del cristianismo. Este rol le habría resultado difícil de asumir Incluso hasta el presente, argumentándose desde el Norte la supuesta amenaza de los grupos evangélicos, especialmente pentecostalistas y la necesidad pastoral de hacer frente a ellos. Pero la distinción de Lima Vaz no iba en esta dirección, sino en asumir sin ánimo de defensa la totalidad del horizonte cristiano para poner a su disposición la experiencia creyente latinoamericana.

Esta nueva visión pastoral encontró una muy favorable acogida en el magisterio conciliar y posconciliar con documentos como *Pacem in terris* de Juan XXIII y muy especialmente con la exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* de Pablo VI, que fue considerada como el documento base de la Conferencia Episcopal de Puebla. En esa reunión eclesial fue decisivo también el magisterio antropológico de Juan Pablo II que, recién asumido como Papa, confirmó tanto la necesidad de que hubiese una teología latinoamericana propia, que recogiese la opción preferencial por los pobres, marginados y excluidos, y que también plantease una evangelización que fuese una obra inculturada en la historia y el protagonismo de los pueblos de este continente.

Durante toda la década del 80 esta visión pastoral se hizo dominante, incluso para aquellos que la consideraban poco ilustrada. Se vuelve muy



Mientras visita Asunción, sostiene un encuentro en el barrio Bañado Norte, uno de los más pobres de la ciudad. 12 de julio del 2015. ©Paul Haring

aguda la polémica entre los partidarios de la teología del pueblo, que está en el sustrato de la América Latina católica y mestiza que se intentó expresar en la Conferencia Episcopal de Puebla, y los partidarios de la teología de la liberación, que asumían el marxismo como dialéctica histórica y que, en los casos más extremos, cuestionaban incluso a la religión fundada en la confesión de fe tradicional. Con el tiempo ha quedado claro el trabajoso empeño desplegado por la Congregación para la Doctrina de la Fe, por encargo del Pontífice, para rescatar la raíz católica de la opción preferencial por los pobres criticando, a su vez, las deformaciones antropológicas de sus planteamientos marxistas. Juan Pablo II conocía de primera mano y por su misma experiencia, la debilidad antropológica esencial del marxismo, su visión distorsionada de la conciencia religiosa popular y su pretensión reductivista de lo humano al proceso de producción de mercancías. Ello llevó al Papa a reafirmar más que nunca la enseñanza social de la Iglesia y la dignidad del ser humano afianzada en su familia y en su cultura. Con todo, aún hoy persisten errores e insuficiencias en la interpretación de su magisterio y la visión interesada de alinearlos con el neoliberalismo y el triunfo del capitalismo después de la caída del Muro de Berlín y el término de la Guerra Fría. Me consta que el profesor Buttiglione realizó un inconmensurable esfuerzo de colaboración con el Papa Juan Pablo II en el desarrollo y discernimiento de la enseñanza social de la Iglesia en el contexto antes mencionado.



Multitud congregada para celebrar la misa en la Basílica de Guadalupe, en Ciudad de México, el 13 de febrero del 2016.

Conocí al profesor Buttigione precisamente en la década de los 80. Además de interesarnos por conocer más directamente los sucesos de *Solidarnos* y de Polonia, un grupo de intelectuales vinculados a Puebla y al magisterio antropológico y cultural de Juan Pablo II nos reunimos permanentemente detrás de muchos autores que este libro menciona, entre ellos Lucio Gera y Alberto Methol Ferré, fundando posteriormente con ellos la Revista *Nexo*. Esta revista, en la que colaboraría también algo después Jorge Mario Bergoglio, dio tribuna en sus páginas a quienes tomaban en serio el desafío de

Alberto Methol Ferré señalaba que el desarrollo político y social de los países latinoamericanos se encontraba, aparentemente, con un catolicismo derrotado por la secularización sin haber sabido defender la tesis de la existencia de una modernidad católica a los inicios del mundo moderno.

desarrollar una Iglesia matriz latinoamericana, asumían los desafíos de una Iglesia popular, incluidas sus formas concretas de piedad popular, y deseaban reconstituir la historia de América Latina desde la experiencia social, política, económica y cultural propias de la región, sin los habituales modelos de desarrollo que se imponían desde el Norte, especialmente desde la CEPAL y otros organismos internacionales nacidos de la Guerra Fría.

El más destacado entre estos intelectuales fue, sin duda, Alberto Methol Ferré, quien señalaba que el desarrollo político y social de los países latinoamericanos se encontraba, aparentemente, con un catolicismo derrotado por la secularización sin haber sabido defender la tesis de la existencia de una modernidad católica a los

inicios del mundo moderno. O bien el catolicismo había sido vencido por la Reforma protestante o bien por las nacientes ciencias empíricas, y en ambas hipótesis poco o nada tenía que ofrecer al desarrollo histórico moderno. Methol emprendió la tarea de dilucidar qué es propiamente el mundo moderno, no solo como cronología histórica, sino también en su significado político-social. En este proceso se encontró inesperadamente con el pensamiento de Augusto Del Noce que, no por coincidencia, fue también el mentor académico del profesor Buttiglione. Bajo su influencia hace una extensa y compleja exposición de la modernidad católica, que no es del caso reproducir aquí, pero que se encuentra esbozada, aunque no desarrollada, en el libro que presentamos.

Su línea principal de argumentación es que Descartes tendría dos diferentes interpretaciones de su pensamiento. La primera da origen al racionalismo y considera las descripciones objetivas de las ciencias como el ejercicio de la “duda metódica” que desconfía de todo aquello que pueda ser presupuesto por el conocimiento de la ciencia cognoscente. La segunda, en cambio, se abre al “cogito” como supuesto del autoconocimiento, lo que le llevaría en la dirección del subjetivismo de Pascal, complementario y no antagónico de la duda metódica: “hay verdades del corazón que la razón desconoce”.

Se trata de la introducción de un principio antropológico al cual también se había visto obligada la Escuela de Salamanca al querer pensar un universalismo globalizado por las circunstancias de la conquista, reconociendo la humanidad del indio y el derecho a desarrollar su propia cultura. El barroco católico así resultante sería la expresión mayor de la modernidad católica que no es ni anticientífica ni antirreformista, sino propositiva de un mundo social de unidad en la pluralidad. Un ejemplo elocuente en América Latina es la existencia de la Virgen de Guadalupe, Virgen madre de los nuevos pueblos mestizos, que solo tiene palabras de amor y comprensión para el indio Juan Diego. Ella será considerada desde temprano como estrella de la evangelización y será un verdadero programa para todos los misioneros.

Profundamente vinculado al punto anterior, especialmente a la positividad de Dios, el libro de Buttiglione desarrolla uno de los temas más complejos existentes en la divulgación del Evangelio de Cristo a lo largo de la historia, a saber, las tendencias gnósticas en la filosofía, la teología y las culturas que enfrentó la Iglesia tanto a partir de la filosofía griega y oriental como, pasando el tiempo, también con la cultura occidental. Me recuerda un capítulo de mi propia tesis doctoral de 1979 dedicado precisamente al estudio de la gnosis en el mundo antiguo. ¿Se puede hablar de la positividad del Ser y de Dios mismo o solo comprendemos su negatividad, el vacío, la nada, la inconsistencia, la suerte o la fortuna de la vida humana de cara al misterio? El libro se apoya fuertemente para el desarrollo de este punto en la

El libro de Buttiglione desarrolla uno de los temas más complejos existentes en la divulgación del Evangelio de Cristo a lo largo de la historia, a saber, las tendencias gnósticas en la filosofía, la teología y las culturas que enfrentó la Iglesia tanto a partir de la filosofía griega y oriental como, pasando el tiempo, también con la cultura occidental.

original discusión que hace Joseph Seifert sobre el platonismo y sus dificultades para referirse unitariamente a los “trascendentales del ser”, como se denominó el tema en jerga filosófica. Pero el neoplatonismo católico de los “padres de la Iglesia” habría posibilitado considerar al Espíritu Santo como la fuerza divina de la superación de la inconsistencia de los “trascendentales”, resaltando con ello la figura de Cristo redentor del mundo y del hombre.

Sin embargo, la discusión sobre la gnosis llega también al mundo moderno encarnada en los fenómenos del “nihilismo” y del “panteísmo”, de los que escribió Nietzsche agudamente, los cuales se han popularizado en la cultura y reflexión contemporáneas. Otra vez fue Augusto Del Noce quien planteó el rol político del nihilismo al hablar del “Suicidio de la Revolución” para el caso del radicalismo terrorista que asoló Europa en la década de los 70 y que tuvo influencia también en la

discusión pastoral latinoamericana. El vacío de este suicidio se ha intentado llenar con el “panteísmo”, pero con resultados bastante efímeros dada la multiplicidad de dioses que comparten el foro. Sin abandonar estas tesis, Methol Ferré habló siguiendo a Del Noce del “ateísmo libertino”, al que personalmente he preferido llamar, sin embargo, “nihilismo libertino” para referirnos a la negatividad y autodestrucción que surgen de la idolatría del mercado, del subjetivismo, del espectáculo, del *carpe diem* y de la reivindicación de la sensualidad y del placer como finalidad de la existencia.

Por todos estos argumentos, correspondía que el último capítulo del libro fuese dedicado al “Destino de Occidente y el Papado Latinoamericano”. Su orientación hacia la convivencia e igualdad de los pueblos que surge de la orientación barroca latinoamericana adquiere una dimensión eminentemente cultural, como queda de manifiesto en los textos del Papa Francisco *Evangelii gaudium* y *Fratelli tutti*. Como ya había sostenido Juan Pablo II ante la UNESCO en París, la cultura es lo que hace hombre al hombre, es decir, pertenece a su ser, proporcionándole un sentido a su existencia que solo puede cumplir al interior del pueblo al que pertenece. La Iglesia acompaña con su experiencia y sabiduría este proceso cultural para permanentemente “recomenzar desde Cristo”, como acentuó la Conferencia de Aparecida.